

TARTESSOS EN LA HISTORIOGRAFÍA: UNA REVISIÓN CRÍTICA

Carlos G. Wagner

Universidad Complutense de Madrid

Mitificada por la Historia en breves e incompletas alusiones, perseguida por los arqueólogos que apenas han arañado su superficie más externa, no es fácil para el historiador emprender la crítica historiográfica de Tartessos. No porque no se encuentre en territorio propio, sino porque los demás le acusarán de pisar terreno ajeno.

I. Del *Tartessos* de Schulten a la renuncia a “descubrir” Tartessos.

Aunque existen referencias anteriores, la historiografía sobre Tartessos que ha ejercido o aún ejerce influencia sobre las opiniones científicas actuales arranca de la más que célebre obra de Schulten (1924, 1945). No merecerá la pena, sin embargo, que nos detengamos aquí en su análisis historiográfico pormenorizado, no tanto porque los puntos de vista del erudito alemán estén hoy ampliamente superados y apenas tengan influjo alguno en la investigación actual, lo cual es más o menos cierto para la casuística concreta si bien los planteamientos de fondo acusan todavía su herencia, sino debido a que tal revisión ha sido ya iniciada con éxito y con más detalle del que podríamos dedicarle aquí (Cruz Andreotti, 1987, 1988; Sanchez Jimenez y Cruz Andreotti, 1988). No obstante, a lo largo de estas

páginas señalaremos cuales de las ideas de Schulten han tenido, y en algunos casos todavía tienen, una proyección más notoria y profunda sobre los trabajos posteriores.

Con todo, fue mérito indudable del investigador germano atraer la atención sobre el estudio de Tartessos, que hasta entonces apenas ocupaba más que un lugar meramente episódico en las citas de eruditos y anticuarios referidas al conocimiento de nuestro más antiguo pasado. A partir de ahí el predominio de la investigación arqueológica fue prácticamente absoluto, con alguna incursión esporádica de filólogos e historiadores, en parte debido a la propia influencia de Schulten pero también en parte por el escaso desarrollo de una disciplina histórica acerca de la Antigüedad en nuestro país durante muchos años.

Fue precisamente a causa de la influencia de las ideas de Schulten, que concebía Tartessos como una cultura superior con una formación política compleja, un Estado en forma de reino, que la primera fase de la investigación arqueológica, iniciada una vez concluida nuestra contienda civil, centró sus esfuerzos en la localización, por otro lado nada segura (se dudaba entre Huelva: isla de Saltés, Sevilla: marismas, Hasta Regia, y Cádiz: Mesa de Astas, Jerez) de la supuesta capital del reino tartésico (Antón, 1941; Pemán, 1941a y 1941b; Bayerri, 1941; Ausejo, 1942). La búsqueda fue infructuosa, como infructuoso había resultado antes el mismo empeño del propio Schulten por desenterrar la ciudad que él creía fundada por los tirsenos y cuya ubicación había propuesto en el Coto de Doña Ana.

II. El afortunado hallazgo del "orientalizante".

Por todo ello, a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta asistimos a un replanteamiento de la investigación arqueológica sobre Tartessos (Maluquer, 1960). Interesaba ahora particularmente lograr una identificación de la cultura tartésica mediante el análisis de sus vestigios materiales, una vez que se había renunciado ya a la búsqueda de la capital del antiguo reino. Se abrió de este modo una segunda fase en la investigación arqueológica, de la que fueron pioneros tres trabajos publicados en el n. 29 del *Archivo Español de Arqueología* (García y Bellido, 1956; Blanco, 1956; Cuadrado, 1956). El nuevo enfoque, sin duda más sólido que el que había presidido la fase anterior aunque con sus propias

limitaciones, en particular en lo referente al campo teórico y a la metodología, encontró su primera expresión articulada en el *V Simposio de Prehistoria Peninsular*, que bajo el lema: *Tartessos y sus problemas* se celebró en Jerez en 1968, siendo publicado en Barcelona un año después.

Más fructífero que el anterior periodo de investigación, se consigue a partir de ahora identificar un horizonte "orientalizante" que se considera análogo a momentos culturales semejantes en la antigüedad mediterránea, sobre todo en Chipre, Grecia y Etruria, consecuencia para la mayoría de los investigadores de la presencia de los fenicios y su actividad comercial en el mediodía de la Península (García y Bellido, 1960; Blanco, 1960; Blázquez, 1972; Almagro Gorbea, 1977; Garrido, 1979). No en vano la arqueología fenicia en nuestras tierras vivía momentos de esplendor con los recientes descubrimientos de una necrópolis en Almuñecar, la antigua Sexi (Pellicer, 1962), y un asentamiento en el cortijo de Toscanos, junto al río Velez en Málaga (Pellicer, Niemeyer y Schubart, 1966), allí donde precisamente Schulten había situado la colonia griega de Mainake.

La multiplicación de hallazgos de asentamientos fenicios, o de sus necrópolis, sobre las costas mediterráneas andaluzas, en particular en la provincia de Málaga, que siguió a estos descubrimientos, junto con la imposibilidad de localizar arqueológicamente las colonias foceo-masaliotas en este mismo litoral y más al norte, inclinó decisivamente la balanza en favor de unos orígenes fenicios para este "orientalizante" peninsular, que es como pasaba ahora a concebirse Tartessos. En contra de tan generalizada opinión apenas se alzaron unas pocas voces discordantes (Montenegro, 1970; Bendala, 1977, 1979) que proponían unos orígenes greco-orientales, vinculados en parte con la supuesta llegada a Occidente de los Pueblos del Mar; lo que por otro lado no era sino una nueva versión más elaborada de la vieja idea de Schulten.

Pero en este desproporcionado debate, unos y otros compartían otra antigua herencia del sabio alemán: el empeño por situar en unas coordenadas externas los orígenes de Tartessos, bien haciéndolos depender de los tirsenos, de los griegos o de los fenicios. Difusionismo puro y simple, lo que resultará fácil de entender si consideramos la gran dependencia de la mayoría de estos arqueólogos de la "escuela" clásica alemana (no pocos se formaron en aquel país o aprendieron junto a sus colegas del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, en una continuación de la trayectoria filogermana tan cara a los primeros tiempos del anterior régimen). Este

legado winckelmaniano fue abusivamente magnificado en muchas ocasiones, y no sólo en las investigaciones sobre Tartessos, hasta el punto de que terminó, en su obsesión del objeto por el objeto y la técnica de excavación por la técnica de excavación, por provocar la reacción crítica de algún que otro investigador (Llobregat, 1976-8: 69).

En efecto, todos los defectos que un reciente libro sobre la Edad del Bronce (Martínez Navarrete, 1988) atribuye a la arqueología peninsular, y que pueden resumirse en la adopción de una metodología positivista combinada con una estrategia de investigación idealista, o en su defecto con una completa ausencia de una teoría general y globalizadora de la cultura, pueden aplicarse por igual a la mayor parte de las investigaciones arqueológicas sobre Tartessos que caracterizan a este segundo momento de la investigación posterior a Schulten. A lo que se podría aún añadir la destacada tendencia de muchos de estos investigadores a interesarse tan sólo por la lectura de trabajos de contenido arqueológico, algo propio de una arqueología "autosuficiente", que considera a la investigación histórica más como un rival desafortunado que como un complemento necesario.

Así, pese a algunos descubrimientos espectaculares (Carriazo, 1970; Garrido, 1970), una localización más segura del área nuclear tartésica (Luzón, 1962; Garrido, 1979), la adscripción de algunos materiales, como las cerámicas bruñidas o las estelas decoradas del S.O., al complejo cultural tartésico y ensayos de periodización con cronologías contrastadas (Pellicer, 1979-80), el término "orientalizante" quedaba en gran medida vacío de contenido, y se continuaba sin conocer adecuadamente muchas cosas importantes acerca de como estaba estructurada aquella sociedad, cuyos vestigios más relumbrantes (algunos tesoros junto con los bronce y marfiles "orientalizantes") llegaron a provocar un deslumbramiento tal en los investigadores que sus consecuencias aún no han desaparecido del todo.

III. Uso y abuso del "orientalizante".

El afán por las soluciones externas al complejo problema de Tartessos, ya que eran minoría quienes matizaban esta influencia exterior alegando que muchos de los rasgos característicos de la cultura tartésica se encontraban ya formados desde el Bronce Final con anterioridad por tanto al

“orientalizante” (Abad Casal, 1979: 178 ss), fue hegemónico durante todo este periodo, y en buena medida se resiste a desaparecer hoy todavía. Fue también el responsable de la generalización de un punto de vista según el cual los autóctonos actuarían como receptores pasivos de las influencias que, procedentes de culturas más complejas, les llegaban por el Mediterráneo a través del comercio con los fenicios, y que acabarían por modificar necesaria y “positivamente” sus formas de vida. Y de la mano de todo ello se introdujo paulatinamente un uso indiscriminado y casi siempre confuso del concepto de aculturación, empleado para explicar la transformación de la cultura local bajo el impacto externo en su sentido más primitivamente (y toscamente) difusionista, mientras se ignoraba la reformulación que de la aculturación habían hecho los historiadores mucho más recientemente. Una reformulación que nada tiene que ver con los presupuestos ideológicos que animaban la vieja antropología y arqueología difusionistas (Burke, 1987: 127 ss). Pero la mayoría de nuestros arqueólogos parecen aún no haberse dado cuenta.

Tal aculturación, aunque al principio no se la denominara así y se manejaran términos como “impacto”, “influjo” o “semitización”, se consideraba producida a raíz de las interacciones propiciadas por el comercio con los asentamientos fenicios de la costa, lo que constituye una simplificación más que discutible. En ocasiones se llegaba a afirmar, evidenciando el esquema difusionista en uso, que ciertas transformaciones observables en las comunidades autóctonas del Bronce Final, y que afectaban a aspectos de la demografía, la economía o el habitat, eran consecuencias de contactos de tipo precolonial (Almagro Gorbea, 1977: 491ss), restando valor a la capacidad de cambio que emanaría de la propia dinámica interna de las comunidades tartésicas. Posteriormente se ha observado que muchos de los artefactos y otros elementos culturales que en principio denotarían la “orientalización” no eran precisamente los más comunes en los asentamientos fenicios de la periferia (Wagner, 1986b: 145ss), y que la asimilación de las influencias externas se produjo de forma parcial y selectiva (Aubert, 1977-8: 98ss).

Se iba imponiendo así una visión sumamente esquemática y sesgada del mundo tartésico, en la que cada investigador tendía a interpretar el conjunto desde la perspectiva de su propio yacimiento (a pesar de que las excavaciones no han sido nunca extensas), lo que no venía tampoco a favorecer la comprensión de la interacción entre las distintas comunidades

locales que lo integraban. Y era especialmente peligroso puesto que no se tenían en cuenta más que unas pocas variables (agricultura pastoril, riqueza minera, comercio colonial) a partir de las cuales había que reconstruir (o al menos interpretar) la totalidad del proceso. No es extraño, por tanto, que muchas preguntas quedaran sin contestación (e incluso que no se formularan) o que cuando ésta se produjera resultara tan artificiosa como poco satisfactoria. Un ejemplo entre otros tantos: según se iba apreciando que el horizonte "orientalizante" se diluía desde finales del siglo VI a C., se buscaba frecuentemente otra "solución" externa para explicar el fin de Tartessos, haciendo del imperialismo cartaginés el principal responsable. La sombra de Schulten permanecía aún agazapada tras tales intentos. Entre tanto, los estudios históricos y los antropológicos eran descuidados y aún marginados por la tendencia arqueológica dominante.

No quiere ello decir que historiadores y antropólogos no se hayan ocupado de Tartessos, como así ha sido por contra (Caro Baroja, 1971; Pérez Prendes, 1974; Arce, 1974; García Iglesias, 1979; García Moreno, 1979; Bermejo, 1982; Presedo, 1986; Alvar, 1980, 1982, 1987, 1989; Wagner, 1983, 1986a y 1986b) pero la mayoría de las veces sus opiniones han sido desatendidas; entiendase bien: no criticadas, sino sencillamente no tenidas en cuenta, como si nunca hubieran sido emitidas. Excepción hecha de los trabajos de algunos filólogos y epigrafistas que han analizado la ecuación Tarsis/Tartessos (Garbini, 1965; Tackholm, 1965; 1969 y 1974; Tyloch, 1978), que en realidad pertenece a un debate externo a la cuestión¹, o que se han enfrentado con el complejo problema de la lengua y la escritura tartésica (Gomez Moreno, 1961; Tovar, 1964, 1969; De Hoz, 1962, 1379; Correa, 1978, 1985-6; Pérez Rojas, 1986), en el planteamiento de la investigación sobre Tartessos ha primado durante todo este tiempo la perspectiva de los arqueólogos formados según el "modelo" alemán.

Tanto es así que cuando, en raras ocasiones, arqueólogos o filólogos de posterior formación arqueológica han elaborado síntesis de conjunto sobre Tartessos con alguna pretensión histórica, esto es, descando trascender la mera descripción de la cultura material (Maluquer, 1969, 1970, 1985; Blázquez, 1968, 1975) ha sido un estricto criterio arqueológico

1.- En mi opinión tal debate tiene mucho más que ver con la supuesta antigüedad de las navegaciones fenicias a Occidente que con un conocimiento profundo de la realidad interna de Tartessos: Alvar (1988).

positivista fuertemente impregnado de rancio historicismo el que ha prevalecido en la preparación, elaboración y presentación de sus trabajos. El conocimiento histórico de Tartessos, esto es, el que da razón de ser de la dinámica de sus estructuras internas, ha quedado así relegado frente a una abundantísima bibliografía arqueológica centrada sobre todo en aspectos concretos como la identificación y descripción de las cerámicas y otros materiales, la realización de unos pocos sondeos y algunos cortes estratigráficos, la excavación de pequeñas extensiones en algún poblado y en alguna necrópolis, y la elaboración de secuencias estratigráficas y cronológicas como base de distintas y no siempre conciliables periodizaciones.

IV. ¿Que sucedió con la Historia?

Al mismo tiempo que se sobrevaloraba frecuentemente el dato arqueológico estricto, la escasa información literaria disponible (la escritura tartésica aún no se ha descifrado y por otra parte el número de documentos y la longitud de los textos son sumamente escasos y muchas veces formularios: Wagner, 1990: 686) era tratada con una ausencia de criterios metodológicos sorprendente. Tan pronto se concedía autoridad histórica a mitos y leyendas relativos a primitivas realezas o se tomaba al pie de la letra alguna metafórica alusión de un poeta, como se negaba la veracidad de informaciones más contrastables, o simplemente se procedía a una lectura literal y acrítica de los pocos textos literarios, no siempre históricos, disponibles (Wagner, 1986a).

En consecuencia, la interpretación histórica resultaba frecuentemente condicionada por muchas hipótesis aceptadas sin debate desde los años de Schulten. Así, durante algún tiempo aún prevalecerá entre los que integran esta segunda etapa de la investigación (arqueológica) sobre Tartessos la idea de que la colonización fenicia y la presencia griega constituían fenómenos contrapuestos y excluyentes en un clima de abierta competencia por los recursos de Occidente. Y al igual que había hecho el sabio alemán, todavía se consideraba la existencia de un "bloqueo" de los mercados tartésicos que descansaba sobre un "cierre" del Estrecho por los púnicos, que posteriormente se ha revelado manifiestamente falso (Whittaker, 1978: 81; Domínguez Monedero, 1988: 716 ss; De Hoz, 1989: 30 ss).

Frente a una interpretación histórica de tan corto alcance y tan pobres resultados, pues la mayoría de estos arqueólogos no estaban familiarizados con ningún tipo de metodología histórica que no fuera la simple ordenación y exposición de los datos (arqueológicos) desde unas perspectivas fijadas de antemano y que, aunque no siempre se quisiera reconocer, acusaban aún mucha influencia de la obra de Schulten, una especie de ultrapositivismo arqueológico venía a colmar en muchos casos la ausencia de crítica histórica. Por poner un ejemplo no muy lejano, los nuevos hallazgos de cerámicas griegas en Huelva desataron una sobrevaloración arqueológica de estos datos, llegándose a afirmar la existencia de una intensa aculturación de origen helénico (Olmos y Cabrera, 1980; Olmos y Garrido, 1982) que necesitó ser muy matizada más tarde (Olmos, 1984).

Desde Schulten los arqueólogos han hecho un conciso esfuerzo por identificar primero una ciudad y luego los materiales propios de una cultura, pero no han sido muy afortunados al describir los rasgos y elementos más característicos de la misma. A su labor cabe añadir el trabajo de los filólogos en torno a las escasas noticias que la tradición literaria proporciona, así como el de los epigrafistas sobre los escasos documentos con escritura tartésica conservados. Por otro lado, las aproximaciones de los historiadores y de algún que otro antropólogo han versado muchas veces sobre aspectos concretos, vinculados frecuentemente con el problema de la "realeza" tartésica. Faltan síntesis históricas que en un tiempo no se podían hacer debido a lo escaso y parcial de la documentación obtenida, y que luego siguieron sin hacerse no tanto por problemas de documentación, que los sigue habiendo, cuanto por razones derivadas de enfoques teóricos y metodológicos; y así, prácticamente, seguimos.

V. ¿Hacia una perspectiva multidisciplinar integrada.?

Afortunadamente desde hace algunos años asistimos a un empeño, aún ciertamente minoritario, por globalizar en un contexto cultural provisto de una dinámica interna propia todas estas informaciones sectoriales, acompañado de una práctica arqueológica menos dependiente de la tradición filogermánica y más abierta a los avances teóricos y metodológicos que este tipo de investigación ha experimentado en otros lugares, particularmente en el mundo anglosajón. Se ha iniciado así una tercera fase de los estudios

sobre Tartessos, anunciada ya en su momento por un trabajo particularmente importante de Aubet (1977-8). Desde esta nueva perspectiva de enfoque, que trata de reconstruir las estructuras propias de la sociedad tartésica, cuyos inicios ya no se buscan en la llegada de colonizadores mediterráneos sino en las culturas locales del Bronce Final (Fernández-Miranda, 1983: 847ss, 1986: 227ss), y explicar sus transformaciones no atendiendo sólo a los factores externos; una necesidad de interdisciplinariedad se viene haciendo cada vez más evidente (Wagner, 1983).

Con todo, el peso de la tendencia arqueológica dominante durante tantos años es todavía enorme, por lo que muchos de los estudios más recientes denotan aún su influencia. Se puede afirmar por ello que conviven actualmente dos planteamientos de investigación distintos: uno adscrito a la corriente dominante desde los años sesenta y que corresponde a la segunda fase o periodo de los estudios posteriores a Schulten sobre Tartessos, con sus interpretaciones esquemáticamente difusionistas y su apreciación sesgada de los procesos de cambio, y otro, aún incipiente y minoritario, como clara reacción al anterior.

Seguramente lo más conveniente para poder sopesar de modo adecuado el estado actual de la investigación en lo que se refiere no tanto al aporte documental cuanto, por el contrario, a los enfoques con que se aborda, y el peso que en ella siguen ejerciendo tanto las concepciones de Schulten en torno a una civilización compleja y políticamente desarrollada, como aquellas otras características de los periodos posteriores, incluyendo los más recientes pero poco generalizados avances en los ámbitos de las posiciones teóricas, la aplicación de nuevos criterios metodológicos y la perspectiva interdisciplinaria, sea detenerse en el análisis de las últimas publicaciones de carácter monográfico sobre el tema. Dos son fundamentalmente las obras que interesa reseñar: un extenso trabajo de Iudice Gamito (1988) y una amplia obra colectiva publicada bajo la coordinación de Aubet (1989), habida cuenta que el erudito estudio de Koch (1984) está destinado a demostrar la validez de la hipótesis que identifica el Tarsis bíblico con el Tartessos peninsular, cuestión en mi opinión ajena a los problemas que aquí tratamos, y que ya ha sido, junto con el artificioso origen de tal identificación, sucinta pero afortunadamente reseñada (Gil, 1985-6 y 1986).

Los planteamientos arqueológicos siguen siendo dominantes en ambas monografías, como es en parte lógico, si bien la obra de Iudice Gamito

alardea de un abundante uso de la terminología utilizada por los arqueólogos y antropólogos anglosajones, que no basta para soslayar sus deficiencias metodológicas y aquellas otras propias de un posicionamiento teórico que la misma autora reconoce ecléctico, ni para excusar la ausencia, siquiera para someterlas a crítica, de las particulares aportaciones que los historiadores han venido realizando hasta el momento. Claro ejemplo, una vez más, de la relegación de aquellos puntos de vista no estrictamente arqueológicos. La otra monografía, con una amplia participación de investigadores, contiene trabajos de algunos pocos especialistas ajenos a la arqueología, y presenta en conjunto un carácter desigual propio a casi todas las obras de este tipo.

Pasando ya a formular su crítica, por ver qué prevalece del enfoque tanto tiempo predominante y qué representa en ellas la aparición de nuevos puntos de vista, será conveniente hacerlo desde una óptica tanto histórica como antropológica, en parte porque estoy firmemente convencido de que la antropología cultural constituye cada vez más un valioso aliado del historiador para interpretar las sociedades pasadas, pero también porque de esta forma se apreciarán mejor las deformaciones en la interpretación impuestas por el enfoque arqueológico predominante. Permítanseme antes unas consideraciones preliminares.

VI. Comunidad aldeana y modo de producción doméstico.

El trabajo pionero de Aubet (1979) con el que se iniciaba a finales de los setenta el tercer periodo o fase de la investigación sobre Tartessos, insiste particularmente, aunque no siempre de forma explícita, en su caracterización como una sociedad aldeana que luego evolucionó hacia un protourbanismo que no llegaría por fin, por razones aún en debate, a cuajar definitivamente en la consolidación de una estructura urbana de los asentamientos tartésicos. Se niega así, por vez primera, lo que constituía casi un axioma de toda la investigación anterior, el carácter urbano de la cultura tartésica concebida como una sociedad compleja y políticamente avanzada. Yo mismo en los inicios de la siguiente década (Wagner, 1983: 10 ss.) había expresado conclusiones similares sin un conocimiento previo del excelente trabajo de Aubet, con la que también coincidía en otros puntos de su interpretación, como el carácter parental de las comunidades

tartésicas o el impacto selectivo y desigual de la aculturación durante el "orientalizante" que afectó principalmente a las élites locales. En posteriores trabajos ambos hemos insistido en nuestros puntos de vista (Aubert, 1984; Wagner, 1986b). Personalmente considero que no existen razones de peso para abandonarlos.

Me reafirmo, pues, en el carácter aldeano de los asentamientos tartésicos que encontramos en el S.O. peninsular desde el Bronce Final hasta que se inicia la Segunda Edad del Hierro o época turdetana. Ni los más recientes descubrimientos arqueológicos ni la información literaria lo desmienten. A este último respecto, el empleo del término *polis* en autores como Hecateo o Eforo se hace siempre en un sentido muy amplio, y como advierte de Hoz (1989: 32) puede de igual modo utilizarse para designar a un centro urbano de la magnitud de Babilonia, que a uno de los *demoi* del Atica, Tórico, que aunque fortificado y con un teatro dista mucho de ser lo que entendemos por una ciudad. En este sentido, la tendencia arqueológica dominante hasta el momento no ha prestado siempre suficiente atención a los problemas de interpretación que plantea un fenómeno tan complejo como el urbanismo, ya que no se trata sólo de localizar grandes aglomeraciones de habitat concentrado aunque estén dotadas de construcciones de planta rectangular dispuestas en torno a "calles" o espacios abiertos, sino de constatar la existencia de contrastes residenciales y funcionales en el espacio que correspondan a una estratificación del yacimiento. Dicho en otros términos: la ciudad es el corolario espacial de la especialización funcional, y esto es algo que solo se documenta, y parcialmente, en Huelva donde precisamente se ha sugerido la presencia de un activo núcleo de orientales (Garrido, 1979: 39 ss).

La ausencia de excavaciones extensas en los poblados tartésicos, de los que contamos con muy pocos datos fiables en cuanto a su organización, constituye un sólido obstáculo para una valoración ajustada en un sentido estrictamente arqueológico. No afecta de igual manera, sin embargo, para una interpretación de cariz más marcadamente histórico-antropológico. Un modo de vida urbano va siempre acompañado de determinadas prácticas económicas y sociales, amén de políticas e ideológicas, más complejas que las propias de un sistema aldeano, y que pueden ser rastreadas aún sin un estudio detallado de la organización espacial de los asentamientos, lo que no quiere decir que éste resulte innecesario. Para su evaluación se precisa una metodología más eficaz que la mera cuantificación positivista. Y un

entramado teórico en el que se inserten coherentemente (sin desajustes ni distorsiones) los criterios metodológicos a emplear.

Esta huida de cualquier intento de simplificación esquemática es necesaria porque, como se insiste bien a menudo y se olvida aún más frecuentemente, la realidad es siempre más compleja que cualquier esquema que podamos imaginar, por mucho que repose sobre datos contrastados, lo que supone en nuestro caso que dentro de los procesos de cambio que afectaron a Tartessos debemos esperar encontramos con diversas tendencias que apunten a otras tantas direcciones, siendo lo importante constatar cuál de ellas es en cada momento la dominante, cuáles son los factores que operan en su base, y qué impacto ejerce sobre las demás.

Mas ocurre que la interpretación sesgada junto con una noción errónea (por modernista) del funcionamiento del entramado económico-social de las culturas antiguas, ambas tan características de la perspectiva arqueológica tanto tiempo imperante, se impone aún hoy de forma que se percibe el conjunto desde el horizonte de un solo yacimiento parcialmente conocido y que, pese a todo, se considera significativo (Fernández Jurado, 1989). Pero Tartessos no era sólo Huelva, por más que ésta constituya una de sus áreas principales y los procesos de cambio parezcan haber revestido allí una intensidad mayor que en otros sitios (Aubet, 1977-8: 96; Wagner, 1983: 27).

A la vista de todo ello, el carácter predominante (que no único) de una forma de producción doméstica, sobre la que insistiré luego, avala el punto de vista según el cual el modelo aldeano es el propio de los asentamientos tartésicos, que, por otro lado, y como ya advertía Blázquez (1975: 275), no desarrollaron una cultura especialmente compleja durante el Bronce Final. Es precisamente sobre este punto que persiste aún la idea de una notable complejidad cultural tartésica anterior a la presencia de elementos coloniales mediterráneos (Judice Gamito, 1988: 27 ss; Fernández Jurado, 1989: 350 ss.) que no reposa sobre los distintos grados de evidencia con que contamos, y que en otras ocasiones obligan al investigador a mostrarse mucho más cauto (Pellicer, 1989: 157 y 182). Poblados de cabañas, cerámicas a mano, escasa o muy localizada actividad metalúrgica, no parecen ser elementos que ayuden a definir ningún tipo realmente significativo de complejidad cultural. Por poner un solo ejemplo de cómo una interpretación puede resultar viciada por ideas preconcebidas y lagunas metodológicas, algunos anteriores trabajos de contenido histórico (Alvar, 1980a: 284 ss,

1980b: 45, 1988: 429 ss) han puesto de manifiesto la inexistencia de los periplos tartésicos y otras iniciativas marítimas en contra de lo que Iudice Gamito pretende (1988: 66) sin discusión alguna al respecto.

Por otra parte, el que las comunidades aldeanas del Bronce Final del S.O. manifiesten un crecimiento demográfico y una incipiente jerarquización interna, como sugieren las joyas y las estelas decoradas, y que se asista a un principio de relaciones y contrastes centro/periferia que tiene que ver con la distribución espacial de los recursos y las posibilidades de comunicación, no es sinónimo necesariamente de un alto grado de desarrollo tecnológico y de una compleja organización social. Parece más bien que la cuantificación acritica de unos pocos artefactos y una visión sesgada y esquemática de los procesos que tuvieron lugar durante aquel periodo ha vuelto a hacer de las suyas.

VII. Continuidad *versus* renovación.

Por lo general el "auge" o la eclosión de Tartessos sigue concibiéndose como una respuesta a influencias culturales externas, si bien se presta cada vez mayor atención a las raíces autóctonas de tal proceso aunque aún de forma sumamente descriptiva (Serna, 1989; Caro Bellido, 1989; Clemente, 1989). Desde esta posición difusionista Iudice Gamito (1988: 43ss, 50 ss) retoma, sin demasiada fortuna, la antigua propuesta de una prioridad griega en los contactos mediterráneos con las comunidades aldeanas del Bronce Final del S.O., llegando a afirmar que un grupo de origen greco-oriental llegó a establecerse entre la población autóctona, siendo finalmente asimilado por ella, no sin haber introducido con éxito diversos elementos culturales, como los *obeloi* que ella asocia con un culto sincrético al de Hera, y que otros autores (Fernández Jurado, 1989: 358ss) estiman elementos propios de un comercio protomonetal, o la propia escritura, que no cree de origen fenicio. No es este el lugar para discutir sus argumentos, cosa que ya hice en otra parte (Wagner, 1990b) sino para resaltar ese carácter marcadamente difusionista que se une a una clara concepción del devenir histórico como progreso, tan propia del historicismo, cuando afirma (p. 134) que la demanda exterior de plata llegó a producir lo que califica como un "boom económico". De nuevo los mismos defectos de enfoque, enraizados en una deficiencia teórica que pretender situar en el

mismo plano a las sociedades antiguas y a las modernas, han vuelto a distorsionar la reconstrucción histórica.

Un acentuado difusionismo está también presente en quienes por contra, y son mayoría, identifican el apogeo de Tartessos con las consecuencias de la colonización fenicia. No obstante, y en relación con ello, supone al menos un cierto avance el que la posterior presencia comercial griega no sea juzgada ya en términos de hostil competencia (Fernández Jurado, 1989: 359). La aculturación fenicia se considera intensa, unas veces rápida (Ruiz Mata y Pérez 1989: 293) mientras que otras se matiza como paulatina (Fernández Jurado, 1989: 346ss.) pero profunda, y se insiste igualmente en que la inclusión del S.O. peninsular en el ambiente orientalizante característico por aquel entonces del Mediterráneo es un signo de "progreso", y como tal, el impacto de la presencia colonial fenicia se juzga en general positivo. Tampoco escapa a la tendencia difusionista imperante una interpretación a medio camino entre ambas (Escacena, 1989: 434ss.) que propone la llegada de colonizadores orientales básicamente no fenicios que, incluso instalados en el interior (incineraciones bajo túmulo), arrebatarían el protagonismo a la población autóctona local, muy relacionada con los círculos culturales atlánticos, que sólo lo recobraría en la posterior etapa turdetana.

Aunque el empleo del concepto de "aculturación" (Alvar, 1990; Wagner (en prensa, b) está cada vez más en boga para definir el impacto de las influencias culturales externas (griegas, fenicias u otras) sobre las comunidades locales del S.O. peninsular, no es menos cierto que en general se continúa utilizando de una manera acrítica, descuidada y apresurada (personalmente no tengo noticia de que un estudio serio y detallado sobre el alcance de la aculturación en Tartessos haya sido llevado a cabo), lo que da pie normalmente a excesivas generalizaciones, que una vez más reposan en el raquitismo metodológico de la simple cuantificación positivista, y bajo las que subyace la vieja idea de la historia como progreso necesario. En fin, que frecuentemente se confunde todavía aculturación con difusión cultural. La confusión es importante, porque mientras la aculturación es responsable de cambios en las pautas de comportamiento cultural (en su sentido más amplio) de la comunidad afectada, la difusión cultural, que es un aspecto de ella, pero que también puede darse sin aculturación, no es necesariamente inductora de tales transformaciones (Wagner, 1983: 18ss; en prensa, b).

A pesar de la persistente insistencia sobre este aspecto por parte de los arqueólogos, o de muchos de ellos (una excepción es Aubet, quien en su ya citado trabajo (1977-8) matiza mucho el alcance de la aculturación), la perspectiva historico-antropológica sugiere que la aculturación no fue tan rápida, ni generalizada, ni siempre intensa en Tartessos, y que no revistió ese carácter de "progreso" que con excesiva frecuencia se le atribuye. Como ya he expuesto mi punto de vista y mis argumentos en otro lugar (Wagner, 1986b) no insistiré mucho más en ello, pero sí quiero decir que se olvida demasiado a menudo, por no decir casi siempre, que la aculturación, como marco en que se inscriben los distintos fenómenos y procesos de interacción cultural en Tartessos, se produce en un contexto de intercambio desigual² con las implicaciones de dependencia tecnológica y económica que ello supone. La nueva "riqueza" se concentró en las élites tartésicas (Bisi, 1980: 234; Aubet, 1984: 447) reforzando de este modo la estructura jerárquica de la sociedad aldeana preexistente, lo que bastante a la larga dará lugar a una incipiente estratificación. El resto de la población no parece haberse beneficiado de la pretendida situación de despegue económico, como se manifiesta con toda claridad en el registro arqueológico, y el resultado en su conjunto parece más próximo a una desestructuración de consecuencias no tan halagueñas que a cualquier otra cosa.

También la presencia de "lujosas" manufacturas fenicias en algunos enterramientos de las necrópolis tartésicas (La Joya en Huelva constituye sin duda el caso más significativo, aunque no el único) sigue interpretándose por lo general como un síntoma de aculturación, si bien no falta quien más atinadamente matiza mucho su alcance real (Rufete, 1989: 392). De igual modo, la presencia ocasional de "servicios" funerarios en bronce que parecen imitar la vajilla funeraria común en las tumbas fenicias de la periferia colonial, se considera síntoma de una transformación del ritual, de una "orientalización" del mismo. Pero se imponen algunas consideraciones. Por un lado, la presencia de manufacturas fenicias (importadas o no) en un ambiente funerario autóctono es más un signo de ostentación que de aculturación, ya que la nueva riqueza proviene de los modelos impuestos por la cultura colonial, y en todo caso, el número de tumbas con estas manifestaciones de lujo "orientalizante" es siempre reducido en las ne-

2.- Este concepto, al que parecen en general ajenos los arqueólogos, es utilizado sin embargo con éxito por los historiadores (López Pardo, 1987: 410; Liverani, 1988: 144).

crópolis, lo que no aboga en favor de una aculturación generalizada. Representa, en cambio, un avance significativo el que comience a tenerse en cuenta que, ante la diversidad y complejidad de las interacciones culturales constatadas, "se hace cada día más evidente la posibilidad del desarrollo de una auténtica colonización del interior" (Ruiz, 1989: 282ss). Algo en lo que habíamos venido insistiendo unos pocos desde hace un tiempo (Whitaker, 1974; Wagner, 1983: 24ss; Belén, 1986: 274) y que últimamente ha merecido un estudio detallado (Wagner y Alvar, 1989).

En relación con todo ello, el modo de producción doméstico (Wagner, 1983: 9) continuó siendo la tendencia predominante (lo que no quiere decir que fuera la única) en la organización económica de las comunidades aldeanas tartésicas. Contrariamente a lo que todavía se pretende (Fernández Jurado, 1989:350), no existen indicios seguros de urbanismo, sino tan sólo de la sustitución de los poblados de cabañas redondas por otros de casas rectangulares. Hay un cambio, sí; pero la especialización funcional del espacio en un mismo asentamiento sólo se constata (como en Huelva y Tejada) allí donde otros indicios permiten sospechar una activa presencia colonial.

En este sentido, el ritmo de penetración de las innovaciones tecnológicas fue, se diga lo que se diga, lento, en lo que se manifiesta la resistencia al cambio de las formas de organización económica tradicionales (Wagner, 1986b: 134 ss.). Un objeto de uso tan simple y eficaz para propiciar un aumento de la producción como el torno de alfarero tardó más de un siglo en generalizarse plenamente, y el uso del hierro no llegó a estar del todo extendido hasta la posterior época turdetana. Del repertorio cerámico colonial sólo se adoptaron, para integrarlas en usos culturales propios, aquellas formas que resultaban funcionales para las comunidades receptoras. Y si bien es cierto que las innovaciones en los trabajos de minería y metalurgia se adoptaron con mayor celeridad, ello se debió fundamentalmente a que resultaban eficaces para satisfacer la demanda de metales impuesta por los colonizadores, a cambio de lo cual las élites locales reforzaban su prestigio y consolidaban su posición.

Por otra parte, la dependencia tecnológica y económica se percibe en hechos tales como el que la manufactura de los llamados broncees "orientalizantes" o tartésicos no se constata hasta que se detecta la presencia activa de los colonizadores, y que desaparezca con la crisis y posterior

reorganización de los asentamientos fenicios a finales del siglo VI a.C.; o que poblados con trazas de actividad metalúrgica, como San Bartolomé de Almonte, no proporcionen indicios de ésta hasta el momento en que se documentan por vez primera los objetos procedentes de la periferia colonial. No existen por otra parte indicios seguros de un aprovechamiento de la plata durante el período anterior a la presencia de los colonizadores (Ruiz Mata, 1989: 233) y en cualquier caso esa no es la cuestión clave, sino saber qué papel ocupaba en la economía preexistente. Por todo ello, no creo que la concentración de la riqueza en un pequeño sector social, junto con la dependencia tecnológica y económica puedan ser interpretados como síntomas de clase alguna de progreso.

Precisamente los poblados dedicados a los trabajos mineros o metalúrgicos, o ambos, y con control del acceso a los distritos mineros, presentan signos inequívocos de una organización doméstica del trabajo. Y si bien se da esta especialización funcional que los caracteriza, en contraste con otros asentamientos dedicados a las labores agrícolas, es asumible para la mayoría su carácter estacional (Ruiz Mata, 1989: 214 ss.), lo que implica una muy precaria especialización del trabajo. En las poquísimas veces que nos encontramos con un asentamiento metalúrgico que revela trazas de una importante especialización del trabajo, como es Tejada, su carácter básicamente colonial, como se puede deducir de todos los indicios (Ruiz Mata, 1989: 229; Fernández Jurado, 1989: 353) habla por sí sólo. Por sí fuera poco, cada vez parece más claro que muchos de los materiales orientalizantes que antes se consideraban de manufacturación tartésica, especialmente objetos suntuosos destinados a las élites locales como los jarros de bronce, las joyas o los marfiles, son obra en realidad de talleres fenicios occidentales ubicados en Gadir, Huelva, Carmona (Aubet, 1984: 453; Belén, 1986: 266 y 269), a lo que se suma el reconocimiento por parte de algunos investigadores (Pellicer, 1989: 157) de que la metalistería tartésica parece ser en realidad un mito creado por la erudición, habida cuenta del escaso volumen de objetos en contraste con la prodigalidad metalística de otras culturas coetáneas europeas. Todo ello dice bien poco a favor de una modificación acentuada y general del modo de producción doméstico imperante en aquella sociedad aldeana.

VIII. A vueltas con la estratificación y el Estado.

Sólo a raíz de una confusión entre los procesos de aculturación y los fenómenos de difusión cultural, y de una metodología simplista centrada en la cuantificación acrítica, se puede seguir insistiendo en una aceptación temprana de nuevas formas de vida que llevaría a una reorganización de la sociedad tartésica en su conjunto. Y sólo desde la confusión teórica se puede considerar que un factor de semejante "progreso" radicó en la introducción de una economía de mercado regida por la ley de la oferta y la demanda (Iudice Gamito, 1988: 132 ss.; Fernández Jurado, 1989: 351 ss.). Como tampoco es este el lugar para extendernos en una discusión acerca del carácter de las economías antiguas, bastará recordar los conocidos trabajos de Finley, Polanyi o Shalins al respecto, y los más recientes de Austin y Vidal-Naquet (1986, 17 ss.), y Liverani (1988: 50 ss.), o las más específicas acerca de la naturaleza del comercio (Garnsey, Hopkins y Whittaker, 1983).

Partiendo de tales supuestos erróneos no resultará difícil de entender el que todavía se continúe insistiendo en el carácter complejo de las estructuras de poder en Tartessos, que aún se definen en ocasiones como las propias de un "reino poderoso" (Iudice Gamito, 1988: 133 ss.) con un sistema político e ideológico que se habría desarrollado desde un "estado modular" hasta alcanzar las características propias del "Estado asiático" (*ibid.*: 183). Ni que se inista, por lo general, en la presencia de una estratificación acusada que en la realidad no se documenta en lugar alguno, constatándose en cambio y mayoritariamente durante el "orientalizante" una fuerte jerarquización que dará lugar con el tiempo a una incipiente estratificación (Aubet, 1977-8: 94 ss.; 1984: 447 ss.; Wagner, 1983: 12 ss.). Pero ocurre que a los errores metodológicos responsables de considerar "compleja" la cultura aldeana local del Bronce Final, de interpretar como generalizada, rápida e intensa la aculturación, o de constatar urbanismo sobre la simple presencia de estructuras de habitat de planta cuadrangular, se añade también un desconocimiento bastante frecuente de lo que realmente es la estratificación, que incluso pretende a veces percibirse sobre la simple y exclusiva presencia de enterramientos individuales (Barceló, 1989: 205).

En tal sentido, la evidencia arqueológica más reciente (Ruiz Mata y Pérez, 1989: 292 ss.) no contradice los datos más antiguos y sugiere la

pervivencia de una sociedad estructurada fundamentalmente en torno al parentesco, que no presenta contrastes amplios en la distribución de la riqueza, si bien algunos individuos, más que grupos o sectores sociales, parecen haberse beneficiado indudablemente de un acceso diferencial a los recursos y a los bienes de prestigio. Tal es lo que se constata en la necrópolis colectiva del túmulo 1 de "Las Cumbres" (Puerto de Santa María, Cádiz), corroborando algo que ya había sido observado en otros sitios, como Setefilla (Sevilla).

Parece por otra parte evidente, al margen de lo que afirman los malévolos o los ingenuos, que cuando el Estado surge lo hace para perpetuar con medios más eficaces la estratificación existente, siendo por ende una consecuencia de ésta. No es éste, según todos los indicios, el caso de Tartessos, al menos durante el siglo VII y buena parte del VI a.C. Podría sospecharse, tal vez, unos inicios de estatalización más tardíos, hacia finales del VI a.C., pero es aquel un momento tan mal conocido que más vale abstenerse de emitir por ahora juicio alguno al respecto. Así mismo, es difícil, por no decir imposible, aceptar la idea de un Estado sin urbanismo en una sociedad sedentaria. Y como antes indiqué, no está ni mucho menos constatado el carácter urbano de las comunidades tartésicas. Tampoco estará de más recordar que no existe testimonio alguno de un uso administrativo de la escritura en Tartessos.

No es de extrañar, por consiguiente, que quienes sostienen lo contrario desconozcan, o silencien, los trabajos de otros arqueólogos e historiadores (Abad Casal, 1979: 184; Aubet, 1977-8: 150 ss.; 1984: 447 ss.; Wagner, 1983: 14 ss.; Presedo, 1986: 44 ss.; Alvar, 1986: 166 ss.) que se muestran mucho más prudentes. Ni que apoyándose otras veces en una aceptación acrítica de un conocido texto de Justino se considere al legendario Habis como el fundador real de una monarquía tartésica (Judice Gamito, 1988: 135) sin tener absolutamente en cuenta la reciente polémica entre historiadores acerca de la autenticidad histórica del documento (García Moreno, 1979; Bermejo Barrera, 1978: 215 ss.; 1982: 61 ss.; Wagner, 1986a: 218; Presedo, 1986: 48 ss.). Por lo demás, el término *basileus* que en ocasiones utilizan algunas fuentes griegas para caracterizar la estructura política de Tartessos, es siempre empleado por éstas, como hace Heródoto, en un sentido genérico muy amplio (Wagner, 1986a: 226), que, como se ha vuelto a reconocer muy recientemente (De Hoz, 1989: 32 ss.), sugiere a lo sumo una concentración personal del poder (no necesariamente un estado

organizado sobre una base territorial), pero no aclara nada sobre su legitimidad y su supuesto alcance.

IX. Un final para Tartessos.

Si las comunidades tartésicas llegaron finalmente a integrarse en una estructura territorial de carácter regional articulada como un Estado incipiente, es algo que hoy por hoy no estamos en condiciones de contestar. Lo que sí parece más seguro es que tal cosa no sucedió, en caso de haber sucedido, hasta un momento tardío, por lo que resulta inadecuado hablar de una formación estatal en Tartessos antes y durante el "orientalizante". Creo que el término "jefatura(s)", matizado como compleja(s) o avanzada(s), pese a la discusión que todavía suscita su empleo (Wagner, 1990; Alvar, 1990), puede caracterizar satisfactoriamente su articulación política. En este sentido, Tartessos es fundamentalmente una sociedad en transición bajo el impacto de un contacto colonial prolongado y desigual cuyas consecuencias se plasman en la desestructuración.

No deja de sorprender, por ello, que aún se considere el final de Tartessos vinculado preferentemente a acontecimientos de índole externa (Escacena, 1989: 439 ss.), que si bien pudieron haber tenido alguna incidencia, lo que no está suficientemente claro, actuaron sobre el contexto de unas condiciones locales como las que acabo de aludir. Por eso resulta significativo el que comience a valorarse la existencia de unas causas internas para explicar la desaparición (si realmente es esta la palabra que debemos emplear) del mundo tartésico. El progresivo agotamiento de los filones de mineral más superficiales que concluiría, junto con la tecnología de extracción al uso, en una cada vez más escasa rentabilidad minera, es utilizado como el argumento preferente (Fernández Jurado, 1989: 360). Pero, con suponer un avance frente a las soluciones externas tan extendidas en otro tiempo y en la actualidad en franco retroceso, supone aún un excesivo esquematismo. Las crisis minero-metalúrgica fue seguramente uno de los factores que motivó la decadencia y disolución de los rasgos más característicos propios del "orientalizante"; pero probablemente tampoco fue el único, por lo que importa seguir investigando para encontrar las restantes causas que propiciaron el "fin" de Tartessos. Un final que parece plausible que afectara especialmente al segmento "orientalizante"

de la sociedad tartésica y en menor medida al resto (Plácido, Alvar y Wagner, 1991: 173).

X. Recapitulación y propuestas.

La investigación arqueológica sobre Tartessos, dominante desde los años sesenta, una vez que se renunció definitivamente a localizar la capital del (supuesto) reino en los distintos lugares propuestos por Schulten y otros investigadores posteriores (Martín de la Torre, 1941; Pemán, 1941a y b), condicionó con su enfoque difusionista y su método positivista la gran mayoría de los trabajos que vendrían a continuación. El resultado fue una atención preferente hacia aquellos materiales arqueológicos que mejor servían para definir el "orientalizante" según la concepción en uso. Estos eran generalmente objetos de prestigio, manufacturas muy elaboradas, que sin embargo arrojaban poca o ninguna luz sobre las formas de vida del conjunto de la población tartésica (Wagner, 1983: 21). En este punto, la visión que se tenía resulta un tanto paradójica: se ensalzaba la complejidad de la cultura autóctona capaz de navegaciones atlánticas por la ruta del estaño (sin soporte en tradición local alguna) y en posesión de un destacado desarrollo de la metalurgia (aunque la base tecnológica de la comunidades del Bronce Final local fuera en su mayor parte lítica), a la par que se daba por supuesta una aceptación pasiva y "primitivista" de la cultura superior fenicia. Mientras tanto, se descuidaba las excavaciones minuciosas y en extensión de poblados y necrópolis³, y las prospecciones sobre el terreno tampoco eran abundantes. Cuando no fue así, lo que sucedió realmente muy pocas veces, los resultados se vieron en alguna ocasión ensombrecidos por la deficiente técnica de excavación empleada (aunque afortunadamente sólo en casos aislados), como ocurrió con el Carambolo (cfr. Harrison, 1989: 100), y otras por los retrasos en las publicaciones.

Consecuentemente se ha excavado muy poco en los asentamientos tartésicos, ya que, además, una preocupación predominante era la de disponer de cronologías y sus secuencias contrastadas (lo que es indispensa-

3.- Factores extraprofesionales relacionados con el poco dinero que se gasta en nuestro país en la investigación arqueológica, y con la forma de distribuirlo, influyeron también, y no poco, en ello.

ble pero insuficiente) por lo que proliferaron los sondeos y cortes estratigráficos. Al mismo tiempo, el positivismo arqueológico imperante, poco dado a cualquier tipo de metodología histórica, basaba la interpretación, frecuentemente sesgada y esquemática, de sus datos en muchas ideas manejadas desde los años de Schulten, sin apenas someterlas a crítica. Cuando desde mediados de los setenta historiadores y antropólogos comenzaron a realizar sus aportaciones, éstas pasaron desapercibidas en la mayoría de los casos para los arqueólogos, en general bastante reacios a no leer otra bibliografía que la que compete a su propia disciplina.

Con todo, desde comienzos de los ochenta se asiste a un cierto cambio, patente en una renuncia del difusionismo y positivismo por algunos investigadores, más abiertos a avances metodológicos ensayados con éxito más allá de nuestras fronteras. Y empieza a concebirse Tartessos no tanto desde los factores externos, como principalmente se venía haciendo desde Schulten, sino más desde la propia dinámica interna de las comunidades locales del S.O. durante el Bronce Final y el orientalizante, al tiempo que la necesidad de un amplio trabajo interdisciplinario comienza a manifestarse cada vez más evidente. Aún así, el enfoque estrictamente arqueológico predominante durante los años anteriores goza aún de mucho peso e influencia, si bien se advierte el abandono de ciertas propuestas inoperantes, como la identificación del Tarsis bíblico con Tartessos, o el enfrentamiento comercial entre griegos y fenicios en el Mediterráneo⁴.

A partir de ahora es preciso emprender la excavación sistemática de poblados y necrópolis tartésicas para obtener una idea más ajustada sobre la producción y organización de las gentes que los habitan, e incrementar igualmente la prospección para detectar los modos en que se ocupa el territorio y las relaciones entre los asentamientos. Una vez realizado esto y reunida la pertinente documentación, se podrá emprender un estudio riguroso de la aculturación en Tartessos, con un enfoque histórico-antropológico que tenga en cuenta la complejidad de los procesos de interacción cultural y el marco colonial, con sus relaciones desiguales, en que se insertan. De esta forma podrá constatar-se el alcance real de los cambios culturales en Tartessos durante el "orientalizante" y en que manera afectaron a las

4.- Algo que se había constatado como erróneo tiempo atrás, y que la mayoría de nuestros arqueólogos tardaron en incorporar a sus análisis sobre la presencia comercial mediterránea en Tartessos.

distintas comunidades y segmentos sociales que lo integraban. Es necesario, también, reunir más datos sobre los últimos tiempos de Tartessos, a fin de poder llegar a comprender las causas y la dimensión real de la "crisis", de la disolución del "orientalizante". Así mismo, habrá que seguir trabajando en el desciframiento de la escritura tartésica.

Y sobre todo habrá que trascender la simple recopilación y exposición positivista, aún bastante arraigada, con la formulación de hipótesis de trabajo que contemplen los datos referentes a la ecología, la demografía, tecnología, la organización social y productiva y las instituciones (y la ideología) que habrá que reunir, y que sean susceptibles de ser contrastadas en una interpretación armoniosa (y por consiguiente no contradictoria) del aporte documental. Pero sólo será factible desde un marco teórico general (y no en ausencia de éste) y con criterios metodológicos consecuentes. Personalmente tengo preferencia por el materialismo cultural, lo que no quiere decir que no existan otras alternativas (que creo menos valiosas, pero no inútiles) susceptibles de ser aplicadas con éxito.

BIBLIOGRAFIA

- Abad Casal, L. (1979): "Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica". *AEspA*. 52, pp. 175-193.
- Almagro Gorbea, M. (1976): "La epigrafía orientalizante en Extremadura". *Homenaje a García y Bellido*. Madrid. Vol.I, pp. 45-59.
- (1977): *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*. BPH XIV. Madrid.
- Alvar, J. (1980a): *La navegación prerromana en la Península Ibérica. Indígenas y colonizadores*. Madrid.
- (1980b): "El comercio del estaño atlántico durante el periodo orientalizante". *MHA* IV, pp. 43-49.
- (1982). "Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico". *RSF* X,2, pp. 211-230.
- (1986): "Theron, rex Hispaniae Citerioris (Macr. Sat. I, 20, 12)". *Gerión* 4, pp. 161-176.
- (1987): "La religión como índice de aculturación: el caso de Tartessos". *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma 1987*. Roma 1991, vol. I, pp. 351-356.
- (1988): "La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho". *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar. Ceuta 1987*. Madrid, vol. I, pp. 429-444.

- (1989): "Tartessos-ciudad=Cádiz. Apuntes para una posible identificación". *Homenaje al profesor Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión II*. Madrid, pp. 295-306.
 - (1990): "El contacto cultural en los procesos de cambio". *Gerión* 8, 1990, pp. 11-27.
- Antón, F. (1941): "La ciudad de Tartessos-Tarxix. La isla de Saltés en Huelva y el imperio Ibero-Turdetano". *BolRSG*. LXXVII, p. 443-484.
- Arce, J. (1974): "La epístola 37 de S. Jerónimo y el problema de Tarsis igual a Tarshish bíblica". *Latomus* 33, pp. 943-947.
- Aubet Semmler, Ma E. (1976-78): "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)". *Ampurias* 38-40, pp. 267-287.
- (1977-8): "Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico". *Pyrenae* 13-14, pp. 81-107.
 - (1978): "Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I. Cruz del Negro". *BSEAA* XLIV, pp. 33-79.
 - (1980): "Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II. Acebuchal y Alcantarilla". *BSEAA* XLVI, pp. 15-77.
 - (1984): "La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante". *Opvs* III, pp. 445-468.
 - (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
 - (Ed.). (1989): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- Ausejo, S. (1942): "El problema de Tartessos". *Sefarad* II,
- Austin, M. y Vidal-Naquet, P. (1986): *Economía y sociedad en la antigua Grecia*. Barcelona.
- Barceló, J.A. (1989): "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 189-205.
- Bayerri, E. (1941): "En busca de la resolución del problema Tharsis-Tartessos". *BolRSG* LXXVII, pp. 736-758.

- Belén, M. (1986): "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental". Del Olmo, G. y Aubet, M. E. (Eds.) (1985-86), pp. 263-277.
- Bendala, M. (1977): "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos". *Habis* 8, pp. 177-205.
- (1979): "Las más antiguas navegaciones a España y el origen de Tartessos". *AEspA* 52, pp. 33-38.
- Bermejo, J. (1978): "La función real en la mitología tartésica. Gargaris, Habis y Aristeo". *Habis* pp. 215-232.
- (1982): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*. Madrid, pp. 61-86.
- Bisi, A.M. (1980): "Elementi orientali e orientalizzanti nell' artigianato tartessio". *RSF* VIII, 2, pp. 225-235.
- Blanco, A. (1956): "Orientalia. Estudio de los objetos orientales y fenicios en la Península Ibérica". *AEspA* 29, pp. 3-31.
- (1960): "Orientalia II". *AEspA* 38, pp. 3-43.
- Blázquez, J.M. (1969): "Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 92-111.
- (1972): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca.
- (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca (2a edición).
- (1983): "Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce". *AEspA* 56, pp. 213-218.
- (1985-6): "Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica". *IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas = Veleia* 2-3, pp. 213-228.
- Burke, P. (1987): *Sociología e Historia*. Madrid.
- Caro Baroja, J. (1971): "La realeza y los reyes de la España antigua". *Cuadernos de la Fundación Pastor* 17, pp. 53-124.

- Caro Bellido, A. (1989): "Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 85-120.
- Correa, J.A. (1978): "Inscripción tartesia hallada en Villamanrique de la Condesa (Sevilla)". *Habis* 9, pp. 207-211.
- (1985): "Consideraciones sobre las inscripciones tartésicas". *III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Salamanca, pp. 377-395.
- (1985-1986): "El signario tartesio": *IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Vitoria = Veleia 2-3, pp. 275-284.
- Cuadrado, E. (1956): "Los recipientes rituales llamados braseros púnicos". *AEspA* 29, pp. 32-83.
- Cruz Andreotti, G. (1987): "Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten". *Baetica* 10, pp. 227-240.
- (en prensa): "Notas al Tartessos de Schulten: comercio y Estado". *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*. Córdoba.
- De Hoz, J. (1962): "Sobre la primitiva escritura hispánica". *AEspA* 35, pp. 191-193.
- (1969): "Acerca de la historia de la escritura prelatina en Hispania". *AEspA* 42, pp. 104-117.
- (1976): "La epigrafía prelatina meridional en Hispania". *I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Salamanca, pp. 227-317.
- (1979): "Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península". *AEspA* 52, pp. 227-250.
- (1983): "Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica". *VI Congreso de Estudios Clásicos*. Madrid, pp. 351-396.
- (1989a): "Las fuentes escritas sobre Tartessos". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 25-43.

- (1989b): "El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 523-587.
- Del Olmo, G. y Aubet, M. E. (Eds.) (1985-86): *Los fenicios en la Península Ibérica*. Sabadell, pp. 149-175 = *AuO* III-IV.
- Domínguez Moncedero, A.J. (1988): "Píndaro y las Columnas de Hércules". *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar*. Ceuta 1987, vol. I. Madrid, pp. 716-724.
- Escacena, J.L. (1989): "Los Turdetanos o la recuperación de la identidad perdida". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 433-476.
- Fernández Jurado, J. (1989): "La orientalización de Huelva". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 339-337.
- Fernández-Miranda, M. (1983): "Ambiente tartésico y colonización fenicia en el suroeste peninsular ibérico". *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma, vol. III, pp. 847-856.
- (1986): "Huelva, ciudad de los tartesios". *AuO* IV, pp. 227-263.
- Finley, M.I. (1974): *La economía de la Antigüedad*. Madrid.
- Garbini, G. (1965): "Tarsis e Gen. 10, 4". *BeO* 7, pp. 13-19.
- García Iglesias, L. (1979): "La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico". *AEspA* 52, pp. 131-140.
- García Moreno, L. (1979): "Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos". *AEspA* 52, pp. 111-130.
- García y Bellido, A. (1956): "Materiales de Arqueología Hispano-Púnica: los jarros de bronce". *AEspA* 29, pp. 85-112.
- (1960): "Inventario de los jarros púnico-tartésicos". *AEspA* 33, pp. 44-63.
- (1964): "Nuevos jarros de bronce tartésicos". *AEspA* 37 pp. 50-80.
- Garnsey, P., Hopkins, K. y Whittaker, C.R. (Eds.) (1983): *Trade in the Ancient Economy*. Berkeley-Los Angeles.

- Garrido, J.P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya*, Huelva. EAE 71. Madrid.
- (1979): "Mundo indígena y orientalizante en la región del Tinto-Odiel". *AEspA* 52, pp. 39-48.
- (1973): "Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de Huelva (La Joya)". *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma, vol. III, pp. 857-863.
- Garrido, J.P. y Orta, E.M. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva. II*. EAE 96. Madrid.
- Gil, J. (1985-6): "Tarsis y Tarteso". *IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Vitoria. = *Veleia* 2-3, pp. 421-432.
- (1986): Reseña a Koch (1984), *Gerión* 4, pp. 378-380.
- Gómez Moreno, M. (1943): "La escritura ibérica y su lenguaje". *BRAH* 112, pp. 251-278.
- (1949): *Misceláneas*. Madrid, pp. 257-330.
- (1961): "La escritura bástulo-turdetana". *RABM* 69, pp. 879-950.
- (1962): *La escritura bástulo-turdetana*. Madrid.
- Harrison, R.J. (1989): *España en los albores de la Historia*. Madrid.
- Judice Gamito, T. (1985-6): "Social and Economic Complexity in SW Iberia (800-500 BC)". *IV Coloq. len. y cult. paleohispánicas*. Vitoria = *Veleia* 2-3, pp. 449-467.
- (1988): *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B.C. The case of Tartessos*. *BAR International Series* 439. Oxford.
- Koch, M. (1984): *Tarschisch und Hispanien*. *MF* 14. Berlín.
- Kukahh, E., y Blanco, A. (1959): "El tesoro del Carambolo". *AEspA* 32, pp. 38-49.
- Liverani, M. (1989): *Antico Oriente. Storia, società, economia*. Roma-Bari.

- López Pardo, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*. Madrid.
- Luzón, J.M. (1962): "Tartessos y la Ría de Huelva". *Zephyrus* 13, pp. 10-43.
- Liobregat, E. (1976-8): "Orígenes de la cultura ibérica en Contestania". *Ampurias* 38-40, pp. 61-74.
- Maluquer, J. (1960): "Nuevas orientaciones al problema de Tartessos". *I Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Pamplona, pp. 273-300.
- (1969a): "Introducción al problema de Tartessos". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 1-6.
- (1969b): "Tartessos y su 'historia'". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 389-397.
- (1972): *Tartessos. La ciudad sin historia*. Barcelona.
- (1985): *La civilización de Tartessos*. Granada.
- Martín de la Cruz, J.C. (1989): "El Bronce en el valle medio del Guadalquivir". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 121-143.
- Martín de la Torre, A. (1941): *Tartessos*. Sevilla.
- Martínez Navarrete, Ma I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Madrid.
- Mata Carriazo, J. de (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo*. Madrid.
- (1973): *Tartessos y el Carambolo*. Madrid.
- Montenegro, A. (1970): "Los Pueblos del Mar en España y los orígenes históricos de Tartessos". *BSEAA XXXVI*, pp. 237-256.
- Niemeyer, H.G., Pellicer, M. y Schubart, H. (1964): "Eine Altpunische Kolonie am Rio Velez". *AA III*, pp. 476 ss.
- (1969): *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Velez*. *EAE* 64. Madrid.

- Olmos, R. (1986): "Los griegos en Tartessos: replanteamiento arqueológico-histórico del problema". *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla, pp. 584-600.
- (1989): "Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas y las literarias". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 495-518.
- Olmos, R. y Cabrera, P. (1980): "Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva". *AEspA* 53, pp. 5-14.
- Olmos, R. y Garrido, J.P. (1982): "Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar". *Homenaje a Saénz de Buruaga*. Badajoz, pp. 243-259.
- Parzinger, H. y Sanz, R. (1986): "Zum ostmediterranean ursprung einer gürtelhakenform der iberischen Halbinsel". *MM* 27, pp. 169-194.
- Pellicer, M. (1962): *Excavaciones en la necrópolis púnica 'Laurita' del Cerro de San Cristóbal (Almuñecar, Granada)*. EAE 17. Madrid.
- (1969): "Las primeras cerámicas pintadas andaluzas y sus problemas". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 291-310.
- (1976): "Historiografía tartésica". *Habis* 7, pp. 229-240.
- (1979-80): "Ensayo de periodización y cronología Tartesia y Turdetana". *Habis* 10-11, pp. 307-332.
- (1989): "El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 147-187.
- Pellicer Catalán, M., Niemeyer, H. G. y Schubart, H. (1966): "La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Algarrobo (Málaga)". *IX CNA. Valladolid 1965*. Zaragoza, pp. 246-249.
- Pemán, C. (1941a): *El paisaje tartésico de Avieno*. Madrid.
- (1941b): "El estado actual de la cuestión tartésica". *BoIRSG* LXXVII, pp. 485-490.

- Pérez Prendes, J.M. (1974): "El mito de Tartessos". *RO* 134, pp. 183-204.
- Pérez Rojas, M. (1969): "El nombre de Tartessos". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 375-6.
- (1986): "Epigrafía tartésica". *RA. Tartessos* (extra no 1), pp. 74-81.
- Polanyi, K. (1968): *Primitives, Archaichs and Moderns Economies*, New York.
- Polanyi, K., Aremberg, C.M. y Pearson, H.W. (1978): *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona.
- Presedo, F. (1986): "La rcaleza tartésica". *RA. Tartessos* (extra no 1), pp. 44-57.
- Plácido, D., Alvar, J. y Wagner, C.G. (1991): *La formación de los estados en el Mediterráneo Occidental*. Madrid
- Rufete, P. (1989): "La cerámica con barniz rojo de Huelva". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 375-394.
- Ruiz, M.M. (1989): "Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 247-286.
- Ruiz Mata, D. (1989): "Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 209-243.
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C. (1989): "El túmulo 1 de la necrópolis de 'Las Cumbres' (Puerto de Santa María, Cadiz)". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 287-295.
- Sahlins, M.D. (1972): *Las sociedades tribales*. Barcelona.
- (1977): *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid.
- Sánchez Jiménez, F. y Cruz Andreotti, G. (1988): "A. Schulten y los etruscos". *StHist* VI, pp. 27-35.
- Schulten, A. (1924): *Tartessos*. Madrid.
- (1954): *Tartessos*. Madrid (2a edición).

- Serna, M.R. (1989): "El vaso campaniforme en el Valle del Guadalquivir". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 47-84.
- Tackholm, U. (1965): "Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles" *OpRom* 5, pp. 143-160.
- (1969): "El concepto de Tarsich en el Antiguo Testamento y sus problemas". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 79-90.
- (1974): "Neue Studien zum Tarsis-Tartessos problem". *OpRom* 10, pp. 41-57.
- Tovar, A. (1964): "Tartessos en la historia y en la epigrafía". *Actas del II Congreso de Estudios Clásicos*, pp. 596-601.
- (1969): "El oscuro problema de la lengua de los tartesios". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 341-346.
- Tsirkin, Y.B. (1986): "The Greeks and Tartessos". *Oikumene* 5, pp. 163-171.
- Tyloch, W. (1978): "Le problème de Tarsis à la lumière de la philologie et de l'exégèse". *Deuxieme Congrès International d'Etude des Cultures de la Méditerranée Occidentale*. Alger, pp. 46-51.
- Untermann, J. (1975): *Monumenta Linguarum Hispanicarum*. I. Wiesbaden.
- Wagner, C.G. (1983): "Aproximación al proceso histórico de Tartessos". *AEspA* 56, pp. 3-36.
- (1986a): "Tartessos y las tradiciones literarias". *RSF XIV*, 2, pp. 201-228.
- (1986b): "Notas en torno a la aculturación en Tartessos". *Gerión* 4, pp. 129-160.
- (1987): "Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. A propósito de una publicación reciente". *Gerión* 5, pp. 317-344 (reseña a Del Olmo, G. y Aubet, M. E. (Eds.), 1985-86).
- (1990): "La jefatura como instrumento de análisis del historiador. Cuestiones teóricas y metodológicas". *Espacio y organización social*. Madrid, pp. 91-108.

- (1990b): "Judice Gamito, T.: *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B.C. The case of Tartessos*. BAR International Series 439. Oxford, 1988", reseña en TP 47, 1990, pp. 394-406.

- (1990c): "Writing and problems of acculturation in Tartessos". *Phoinikeia Grammata*. Lieja.

- (en prensa): "Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas del contacto cultural y sus consecuencias". *Homenaje a J.M. Blázquez*.

Wagner, C.G. y Alvar, J. (1989): "Fenicios en Occidente: la colonización agrícola". *RSF* XVII, 1, pp. 61-102.

Whittaker, C.R. (1974): "The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation". *PCPhyS* 200 (ns 20), pp. 58-79.

- (1978): "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries". F. Garasey-C.R. Whittaker (Eds.). *Imperialism in the Ancient World*. Cambridge, pp. 59-90.